

**María Elisa Sánchez Sanz**  
**Profesora de Antropología Social**  
**Universidad de Zaragoza**

Reconstruir y revivir la vida en los mases y la de los masoveros no es tarea fácil. El siglo XX se tragó de golpe unas formas de vida centenarias (de más de 800 años) que habían servido de sustento a muchas familias. Unas explotaciones y unos modos agropecuarios, medioambientales y económicos con infinidad de experiencia a sus espaldas, adaptados al territorio en forma de hábitat disperso, beneficiosos para sí y para otros, que el tiempo, las políticas y las tecnologías finiseculares, han desterrado por completo. A lo mejor, para bien, ¡quién sabe! Porque hombres y mujeres de las masadas conocen mucho de la dureza y el esfuerzo de sacar los hijos adelante. Con harta dignidad y sin ayudas sociales construyeron un mundo donde no había mendigos. Supieron vivir con solidaridad. Todavía hoy, algunos añoran esa vida. Otros, la dan por bien acabada, que el sufrimiento y la pobreza fueron implacables y despiadados para con ellos. Solamente quienes han podido hacer una fuerte inversión económica y amoldarse a la mecanización, parece que, quizá, puedan sobrevivir, combinando lo bueno de aquellos tiempos y lo mejor de estos.

Evidentemente, esas formas ancestrales de vida se han documentado. Pero se han argumentado, fundamentalmente, desde la geografía, la historia, la economía y el derecho. Incluso, desde la literatura. ¡Cómo no citar *El fragor del agua* de José Giménez Corbatón...! Hasta José Antonio Labordeta dedicó una canción a los masoveros. Aunque no se ha documentado tanto desde la antropología. Si bien hay ejemplos. Pero, pocos. Y se han elaborado más trabajos desde Cataluña que desde Aragón.

De ahí la importancia de la obra, segunda parte ya, del libro que me dispongo a glosar y a prologar. El volumen I, *Masadas y masoveros de La Cerollera*, fue coordinado, al igual que este otro, por Manuel Casado López, quien ha trabajado codo con codo con la Asociación SERVA. Y todos ellos pasaron muchos ratos con los últimos masoveros de La Cerollera para poner por escrito aquellos saberes y recuerdos, retazos de vida y de emociones, momentos de colaboración y de penuria económica que esta comunidad de gentes ha vivido, también transmitido de generación en generación, sin despegarse de ese terruño en el que casa y paisaje eran todo su mundo. Con los inconvenientes de vivir lejos del pueblo. Porque, todo ello ha dado ocasión a una manera de vivir y de morir. Y para que no se pierda la memoria de ese pasado, masoveros, SERVA y Manuel Casado, han mantenido horas de conversación destinadas a que hoy podamos comprender cómo y por qué unas vidas cubiertas por el sol y por el frío resistieron sin apenas nada. Los masoveros han accedido a contarla.

Ya en la primera parte, la obra *Masadas y masoveros de La Cerollera* daba a conocer qué eran las masadas y cómo se habían originado y evolucionado históricamente; aportaba toponimia y explicaba cuál había sido el paisaje y el medio natural en el que las masadas han tenido sentido (generalmente a pie de valle, a media ladera o sobre lomas y

nunca a más de 1.300 metros sobre el nivel del mar evitando en la medida de lo posible temperaturas extremas y muchos días de nieve); nos explicaba igualmente los recursos económicos con los que contaban y nos mostraba toda la tipología arquitectónica y los edificios y construcciones que los acompañan (junto a la vivienda que aprovecha el desnivel orográfico y que se orienta hacia el sur también es importante enumerar los corrales, los apriscos, las eras, los pajares, los banales y otros). En un poblamiento aislado al estar estas masadas alejadas de los núcleos de población y con un sistema de producción próximo a la autosuficiencia, abocadas como estaban a la explotación agrícola y ganadera de tipo extensivo, el conocer el tiempo climático y compararlo con el refranero era lo más habitual, lo que forma otro de los capítulos. Finalmente, ese primer volumen se cierra con un apartado referido al mundo mágico y a las creencias.

Por mi parte, tuve la oportunidad de conocer todavía cómo era la supervivencia en las masadas cuando ya su mundo se terminaba y nacían otras maneras de vivir. Un mundo que se desmoronaba repartido entre unos padres que se abrazaban al pasado y unos hijos que se escapaban al futuro.

Durante cinco años, en la década de 1980, conviví con varias familias masoveras en los barrios de Los Salabrosos y de La Fuenlozana, en el término municipal de Mora de Rubielos (Teruel). Me hospedé con ellos y habité dentro de sus “casalicios”, participando de algunas de sus faenas diarias, observando todo lo que me fue permitido en las demás labores cotidianas y entrevistando durante meses a los componentes de aquellas familias troncales (Casa Górriz, Casa Alfajarín, Casa Collado, Casa Cercós o Fuenlozana).

Me fue posible documentar numerosos trabajos, acontecimientos, procesos, desgracias, alegrías y mucha cultura material e inmaterial. Pude estudiar todos los objetos que aun usaban las familias masoveras, estuve presente en cada “masada” de pan durante muchas semanas... Sacar y guardar el ganado cada día, fregar vajillos y lavar ropitajes en balsa distinta como estrictas medidas higiénicas, recoger las verduras de la huerta, observar qué se hacía cada tarde que una “tronada” se acercaba, saber de sus infancias, tener en las rodillas, inclusive, a los pequeños de la casa y jugar con ellos mientras ellos me enseñaban sus juegos o los juguetes que el abuelo les hacía, llegar a saber tantas cosas de sus vidas y de sus muertos, de sus precariedades, de cómo caminaban sobre zuecos para reservar su único par de alpargatas cuando bajaban a Mora, almacenar datos de cuál era el trato con los “amos”, de cómo los sacaban de las masadas transcurrido un cierto número de años para que no pudieran acumular derechos sobre ellas<sup>1</sup>, ver iniciar las cosechas, rechazar alimañas con aceite de enebro, vislumbrar cómo se divertían, reconstruir a través de sus palabras cómo nacieron (mientras sus madres segaban quedando guarecidos entre los surcos hasta que podían atenderlos porque ellas seguían

---

<sup>1</sup> Siempre me ha llamado la atención el óleo de Joaquim Vayreda, pintado en 1876, que se expone en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, porque aunque titulado Recança, pudiera ser la imagen misma de esas familias que marchaban de unas masías a otras expulsadas por sus amos o buscando mejores expectativas de vida.

cortando espigas con la hoz...) Son tantas las vivencias, ricas y duras, tristes y sabias, que hoy, mis recuerdos, mis notas de campo y todo lo que cuenta este libro se entremezclan y se fusionan.

Aragón, como otras comunidades autonómicas (con caseríos, masías, cortijos), ha sido territorio de mases y de masadas, con unos sistemas de explotación de la tierra, del monte y del ganado análogos. Con unas historias de vida de sus protagonistas -las de los masoveros, en nuestro caso- muy parecidas y con unas libretas de cuentas con anotaciones similares que atestiguan y ratifican cómo fueron esas explotaciones agrarias de tipo tradicional, la mayoría de las veces en un régimen de aparcería (métayage francés o mezzodria italiana), por lo que ir “a medias” masovero y propietario que aportaba la mitad de los gastos de la explotación sin hacerse cargo de los salarios, era lo más habitual. No obstante, también han existido masadas con explotaciones agrarias privadas, exentas de cargas a amos, destinadas a la subsistencia familiar exclusivamente. En este último caso, por tanto, fue muy importante gobernar bien la hacienda, regular el traspaso de los recursos y manejar correctamente las estrategias hereditarias.

De todas maneras, ser masovero fue una fórmula de trabajo no demasiado desgraciada, porque hasta mediados del siglo XX un masovero pudo vivir mejor que un jornalero agrícola. Pero para los años setenta y ochenta las cosas empeoraron sustancialmente dado que un obrero industrial tenía un salario superior al de un peón agrícola y un masovero seguía con el sistema tradicional de ir a medias y en ese régimen solo iba incluido el salario por el trabajo del mediero y no por el de su familia, que esforzándose como él, no percibía remuneración alguna, de manera que su economía comenzó a empobrecerse. Y si querían abandonar el contrato de arrendamiento que tenían con el amo es posible que, además, hubieran de tener que abonar una “redención” al propietario. Todo obligaba a buscar mejores oportunidades y dejar esa vida. Los niños, incluso, apenas estaban escolarizados. Entre las distancias a la escuela en el pueblo y que eran necesarios como fuerza de trabajo, muchos, aprendieron malamente a leer y a escribir, y la “doctrina” como recuerdan varios. Ahí se quedó todo el ánimo y el proyecto de saber más. Aunque casos se dieron por parte de los padres masoveros de contratar maestros que subían a las masadas para que sus hijos supieran defenderse mejor que ellos. Y cuando eran muchos los hermanos, a mí me contaron que se turnaban a semanas para ir a la escuela y para ayudar en las faenas del mas. Para trabajar y seguir aprendiendo.

Por eso es impagable el trabajo realizado entre SERVA, Manuel Casado y los masoveros al haber confeccionado este segundo volumen. En un solo libro no era posible contar vidas y vivencias, hechos y acontecimientos, incluso la intra-historia de este colectivo que disperso por el paisaje también contaba con una sabiduría de siglos, con una experiencia impecable que, por fuerza, tenía que quedar descrita. Primero, para documentarla y que no quedara olvidada; segundo, para demostrar que otras maneras de vivir también han sido posibles; y tercero, porque las costumbres y prácticas masoveras son tan legítimas como la cultura oficial.

De modo que para esta segunda entrega quedaban reservados muchos materiales pendientes de contar. A este nuevo volumen, han trasvasado otro bloque de conocimientos nada despreciables y que, igualmente, se centran en aspectos antropológicos que evidencian los trabajos propios de cada estación recopilando a un mismo tiempo, procesos y vocabulario específico. De esta forma, unas cuantas páginas nos explican una de las faenas más características propia de este tipo de explotación agrícola: la siega y la trilla. Pero había otros oficios no menos importantes: así, todas las tareas en torno a las abejas, las colmenas y la miel para también obtener cera, jalea real, propóleo o arrope. Unos masoveros a otros se ayudaban en el trabajo de la cal tan necesaria para higienizar, blanquear y hacer yeso. Una parte importante de su esfuerzo lo dedicaron a la elaboración de carbón vegetal que se obtenía de quejigos, chaparros y carrascas. Gran cantidad del abono lo conseguían mediante formigueros. Hacer leña fue otra tarea fundamental e imprescindible para poder calentarse y tener fuego, tanto en las masadas como para vender a los de fuera. El corte de madera también se hacía necesario porque con ella se llevaban a cabo las labores constructivas y con ella se elaboraban utensilios domésticos y mangos de herramientas agrícolas. La autosuficiencia de la que ha disfrutado este colectivo de masoveros se puede entender bien cuando se leen las páginas referidas a la elaboración de la pez, de la obtención de la resina de los pinos y de la “liga” o “visco” que empleaban para capturar aves, oficio que ya podemos ver en algunas cerámicas griegas porque los griegos empleaban este mismo ingenio para atraparlas. La nieve, bien apilada en las neveras de piedra, sirvió para conservar los alimentos pero también para remediar calenturas y otros procesos febriles. La leche de sus cabras y ovejas se utilizó para elaborar quesos o mantequilla. La crianza de gusanos de seda fue otro recurso competitivo. Quienes pudieron, pese a las caminatas, trabajaron en las minas de Belmonte o de La Cañada de Verich. La “maña”, la habilidad y la necesidad dieron pie a la existencia de artesanos y artesanas que se encargaron tanto de hacer badajos de esquilas, como de elaborar asientos de sillas, cestos con fibras vegetales blandas, pleita de esparto, tejas y adobas, collares de cuero para las ovejas, punzones o cachas de navaja de hueso, flautas, cunas, pequeñas arquetas o sencillas balconadas, hilo y tejidos de lana, juguetes de todo tipo (incluidos los musicales) con una creatividad asombrosa. Capítulo que, a su vez, se complementa con otro en el que se enumeran todos aquellos otros oficios y artesanos que venían de fuera y a los que había que recurrir para conseguir aquellos objetos que no podían ser realizados por la gente masovera. Necesitaron encargar piezas a alpargateros, carpinteros, cesteros, herreros, sogueros, sastres o tejedores. Había quien les llevaba hilos, botones, alfileres, etc., haciendo trueque llevándose huevos. Y, desde luego, médicos, barberos y fotógrafos cuando lo requería la ocasión. Entre otros.

El universo de la alimentación era un mundo aparte. No por vivir aislados comieron menos cosas o peores. Por el contrario, aprovecharon todo lo que la naturaleza que les rodeaba les facilitó. Y lo que no podía ser fresco, era ahumado o en conserva. Las setas y la matacía solo son productos previsibles entre la larga lista de recetas, incluidos los laminés y los licores, que aparecen en su capítulo correspondiente. Puede que no fuese una dieta equilibrada, y no muy variada, pero no pasaron hambre. Había que comer

fuerte porque las tareas eran duras. Y algunos de los alimentos consumidos por ellos hoy solo se sirven como exquisiteces en restaurantes exclusivos (las ancas de rana, por ejemplo).

La mujer masovera tuvo un papel esencial en el gobierno de las actividades domésticas (cocinar, elaborar el pan, fregar, lavar, planchar, coser, llevar el corral o la huerta), pero también en otros quehaceres, desde ser la comunicadora por excelencia entre masadas y vecinos (las relaciones sociales, las redes entre familias y la gente del pueblo eran fundamentales), la cuidadora de enfermos y ancianos, la sanadora gracias a sus conocimientos medicinales aunque lo fueran de tipo popular, hasta la transmisora de la cultura y de los saberes tradicionales, simbólicos o sagrados.

Otro capítulo recoge el ciclo de la vida humana, todo ese conglomerado de ritos de paso por el que caminamos desde que nacemos hasta que morimos. Todas las edades están narradas y también los rituales que tenían lugar en torno a ellas. Entre masoveros funcionaron, igualmente que en el resto de la sociedad, bodas “arregladas”, “apañadas” o de conveniencia. En realidad, era un sistema de alianza propio de las estrategias matrimoniales asegurando la reproducción de la fuerza de trabajo o la forma de transmisión del patrimonio. Con este capítulo se complementa el referido al ciclo festivo de los masoveros, en el que además de aludir a las fiestas que también tenían lugar en La Cerollera, se presta una especial atención a un tipo de diversión propio y exclusivo de masoveros conocido como “bureo” del que se da amplio repertorio y se explica los porqués, el cómo, el cuándo y el dónde se celebraban.

El capítulo referido a la vida cotidiana y sus costumbres expone un mundo perdido porque ya no se llevan a cabo las celebraciones que nos narran, ni nadie viste la indumentaria que nos detallan. Si bien la Asociación SERVA anima a que el día de la fiesta dels Santets vuelva a vestirse con aquellas prendas como una manera de reafirmación de lo que fueron.

Un capítulo especial, por lo íntimo y específico, es el referido a los vínculos familiares entre masoveros. Que también ha tenido que ser de difícil elaboración para SERVA y Manuel Casado, reconstruyendo a través de la memoria de los masoveros, las relaciones afectivas entre unos y otros.

El capítulo referido al Patrimonio inmaterial va a permitir que algo tan sensible como son las expresiones y las palabras no se haya muerto para siempre al no ser dichas ni pronunciadas por la última generación de masoveros que ya no se la transmitió a nadie. Por el contrario, el fijarla por escrito, permitirá que perdure, si bien perderá la espontaneidad y la frescura que el uso habitual y cotidiano da a la expresión oral. No se perderá, pero se fosilizará. Era un riesgo a correr.

Uno de los capítulos más desconocidos es, sin duda, el dedicado a los Masoveros y Maquis. Primero, por contar muchas cosas que en otros tiempos estuvieron vetadas.

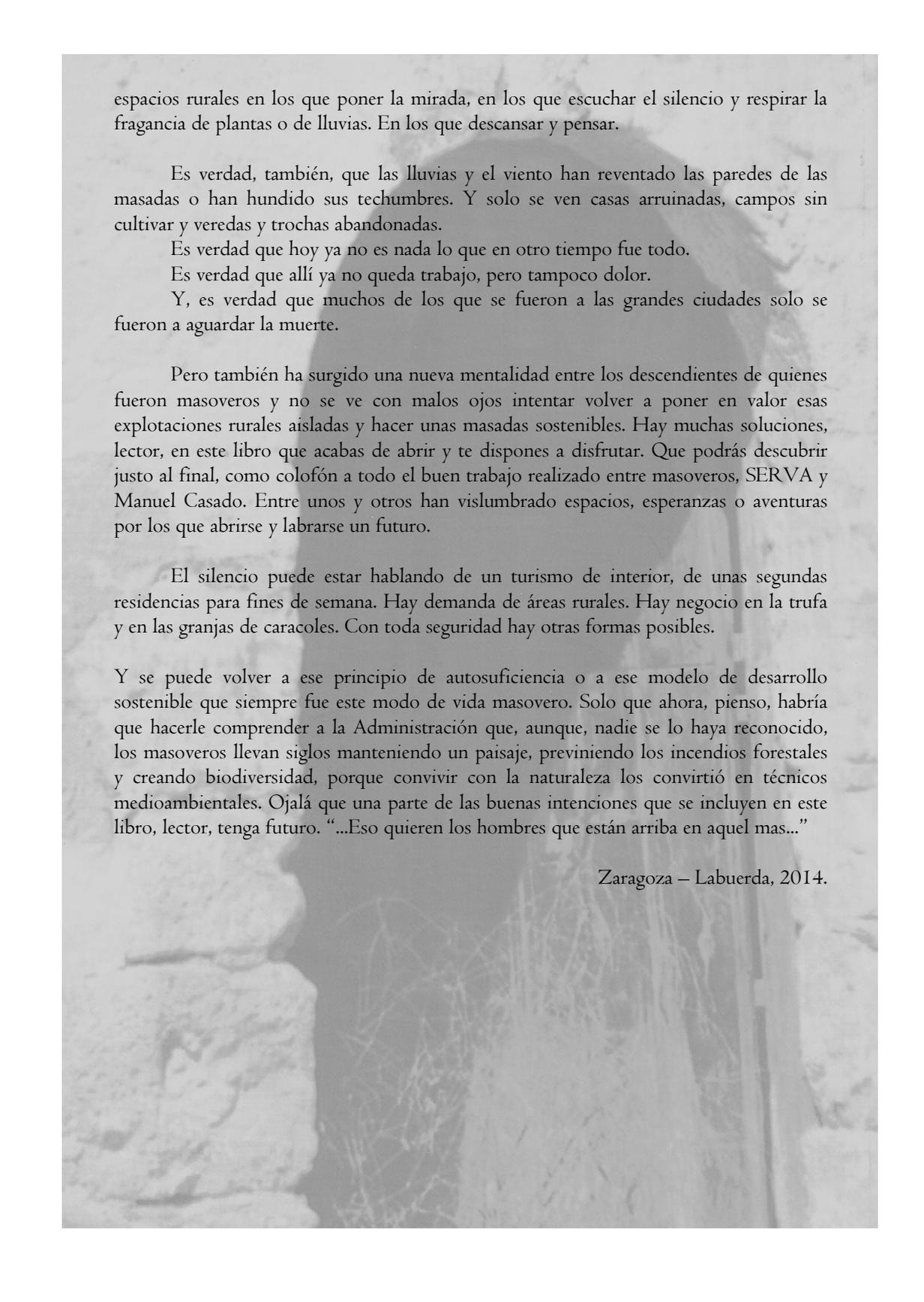
Después, por aclarar qué representó el maquis pero también la Guardia Civil. Porque si bien fue obligatorio pernoctar en los pueblos (aquellas personas cuyas masadas estuvieran distantes a más de una hora de trayecto), y las llaves de las masadas se las quedaban los guardias o se les prohibió andar por los caminos a partir de las 8 de la tarde, también habrá que decir que a los masoveros se les aplicó la Ley de Fugas, detenidos por la Guardia Civil bajo la acusación de colaborar con la guerrilla anti-franquista entre 1945-1950, porque ofrecieron comida al maquis, comida que, en realidad, era exigida. Tras la simpatía inicial por la causa, la complicidad fue enrareciéndose. Y los masoveros se quedaron atrapados entremedias de estas dos fuerzas antagónicas y adversarias, viendo al mismo tiempo, perjudicados sus intereses. Los testimonios orales y la documentación aportada arrojan mucha luz sobre estos hechos.

El último capítulo se refiere al Abandono de las masadas y las posibles alternativas de empleo. Ha sido reconocer, desde la añoranza, que esos modos de vida masoveros han desaparecido definitivamente. Las evidencias son manifiestas: los pinos ganaron terreno a las tierras cultivadas, la poca agricultura que resistió y la ganadería extensiva dejaron de ser rentables, las heladas acabaron con los olivos, los sueldos en la mina eran frescos y seguros cada mes y había menos trecho que recorrer desde el pueblo que desde la masada. En los pueblos se vivía mejor. Y mucho mejor en la ciudad: resquicio por el que la emigración se abrió camino... Todo ello se desprende en este momento final del libro.

No me he parado a pensar bien si ese abandono, propiciado, casi obligado desde el tiempo de la guerrilla y el Teniente Coronel Pizarro, luego mimético, cuando se marcharon los primeros masoveros y les fueron siguiendo los demás, fue lo más acertado. Quizá, si hubiera habido fuerzas para resistir hasta estos momentos, luz, agua corriente, accesos y comunicaciones habrían llegado poco a poco. Pero me surge la duda si estas personas que vivían aisladas y que se entendían bien con la salida y la puesta del sol para trabajar, comer, cenar e irse a dormir, hubieran entendido las nuevas tecnologías, la maquinaria actual que apretando un botón siembra un bancal en un "santiamén" cuando a ellos les llevaba horas y horas de faena. Y que una sola máquina hiciera en pocas horas lo que a varios hombres y a sus caballerías les costaba días. No sé si los electrodomésticos último modelo, las nuevas tecnologías e Internet les hubieran resultado racionales e inteligibles. Si ya fue un impacto la radio a pilas y el butano...

Seguramente, maravillados o no, se habrían abandonado en brazos de la tecnificación porque también observarían que con menos trabajo conseguían mayores beneficios. Pero todo esto, a su vez, conllevaría un cambio muy acusado en las formas de explotación del medio. Ya no tanto de supervivencia como una nueva fórmula de compra-venta para incremento del capital.

No es tarde para impulsar nuevas tecnologías ni para fomentar la depuración de aguas o las energías renovables. Porque la mentalidad de hoy o el cansancio que provocan las ciudades a las que con tanta ilusión se marchó en tiempos pasados reclaman



espacios rurales en los que poner la mirada, en los que escuchar el silencio y respirar la fragancia de plantas o de lluvias. En los que descansar y pensar.

Es verdad, también, que las lluvias y el viento han reventado las paredes de las masadas o han hundido sus techumbres. Y solo se ven casas arruinadas, campos sin cultivar y veredas y trochas abandonadas.

Es verdad que hoy ya no es nada lo que en otro tiempo fue todo.

Es verdad que allí ya no queda trabajo, pero tampoco dolor.

Y, es verdad que muchos de los que se fueron a las grandes ciudades solo se fueron a aguardar la muerte.

Pero también ha surgido una nueva mentalidad entre los descendientes de quienes fueron masoveros y no se ve con malos ojos intentar volver a poner en valor esas explotaciones rurales aisladas y hacer unas masadas sostenibles. Hay muchas soluciones, lector, en este libro que acabas de abrir y te dispones a disfrutar. Que podrás descubrir justo al final, como colofón a todo el buen trabajo realizado entre masoveros, SERVA y Manuel Casado. Entre unos y otros han vislumbrado espacios, esperanzas o aventuras por los que abrirse y labrarse un futuro.

El silencio puede estar hablando de un turismo de interior, de unas segundas residencias para fines de semana. Hay demanda de áreas rurales. Hay negocio en la trufa y en las granjas de caracoles. Con toda seguridad hay otras formas posibles.

Y se puede volver a ese principio de autosuficiencia o a ese modelo de desarrollo sostenible que siempre fue este modo de vida masovero. Solo que ahora, pienso, habría que hacerle comprender a la Administración que, aunque, nadie se lo haya reconocido, los masoveros llevan siglos manteniendo un paisaje, previniendo los incendios forestales y creando biodiversidad, porque convivir con la naturaleza los convirtió en técnicos medioambientales. Ojalá que una parte de las buenas intenciones que se incluyen en este libro, lector, tenga futuro. “...Eso quieren los hombres que están arriba en aquel mas...”

Zaragoza – Labuerda, 2014.